**Llegado a viejo**

Los últimos destellos del sol convierten en lenguas de plata las hojas de los árboles cercanos. La luz de la tarde se va debilitando y la oscuridad nocturna avanza despacio. Una bandada de pájaros se empequeñece, volando, hasta desaparecer en la lejanía tenuemente neblinosa ya.

Sentado en la baja linde formada por piedras planas colocadas unas encima de las otras, gozo de los aromas y los sonidos de mi entorno mientras mis ojos medio entornados contemplan la bella explosión luminosa del ocaso. El cuerpo, cansado, se me vence hacia adelante. Apoyo mis manos en los muslos. Mis pobres manos deformadas por el arduo trabajo de toda una vida y en las que sobresale un oscuro entramado de venas. Llevo puesta una camisa blanca y unos pantalones de pana marrones, ambas prendas pasadas de moda y muy desgastadas por el continuado uso. A mis años ya todo da igual. Uno no presume de nada. Si se conserva bien de salud y de aspecto, como mucho presume de su avanzada edad. Me llevo una mano al rostro y con las yemas de los dedos recorro los profundos surcos que le labraron el sol y el viento mientras trabajaba duramente la tierra que, todo cuánto te entrega lo hace exigiéndote a cambio un gran esfuerzo.

La tarde se estaba pintando de gris oscuro. El color que tenían los ojos de la buena mujer que despertó en mi alma inmensa ternura y, en mi cuerpo, ardiente pasión. “Pídeme la cosa más imposible del mundo y te la conseguiré”, le dije la primera vez que reuní el valor suficiente para hablarle, sin hallarse nadie cerca, al cruzarnos los dos por el camino viejo que llevaba al molino. “Podría pedirte la luna y entonces ¿qué?”, bromeó turbada, encendida su cara bonita, lozana, limpia. “Te la conseguiría, aunque me costase la vida”, le respondí con vehemencia. Cuando hubo más confianza entre nosotros, ella no me pidió la luna, me pidió que prometiese amarla y respetarla mientras Dios nos mantuviese vivos, y eso yo lo cumplí hasta el último día en que ella, enferma, taciturna y anciana, murió en mis brazos pidiéndome con su última mirada que no la olvidase. Durante casi cuarenta años Aurora y yo luchamos y trabajamos juntos, hasta el agotamiento, para arrancarle el sustento a un terruño avaro, que exigía enorme esfuerzo y daba a cambio poco beneficio. Pero no nos importó porque, a pesar de ello, conseguimos que el único hijo que Dios nos permitió tener, disfrutara de un bienestar y unos privilegios que nosotros nunca tuvimos. Un hijo que pudimos enviar a la universidad, consiguió sacarse una carrera, y a su chaletito me he venido a vivir unos pocos meses atrás después de vender la pequeña finca a la que dediqué los esfuerzos y sacrificios de toda mi vida.

Pero me parece que no voy a durar mucho aquí y terminaré donde de ninguna manera quiero: en una residencia de ancianos. Mi nuera y yo no nos llevamos demasiado bien. Es una joven muy remirada y dominante. Una señoritinga de ciudad. También ella posee un título universitario. Claro que la culpa de que no exista mejor entendimiento entre nosotros dos no es siempre culpa de ella. Yo me muestro, a menudo, sombrío, brusco, poco sociable. Y es que resulta difícil vivir en una casa que no es la tuya; una casa en la que no pintas nada.

La luz del día agoniza. Ha bajado mucho la temperatura. Uf, acabo de estremecerme. Siento algo de frío en los brazos. Frutándomelos con energía conseguiré transmitirme calor. Voy a irme ya. El aire me trae el ruido de las esquirlas de un rebaño de ovejas y los cansados ladridos del perro que las controla. Siempre tuve perros en mi casa. Para mí no existe en el mundo animal más noble, fiel y agradecido. Pero ahora vivo en casa ajena y no puedo tener ninguno. Y lo echo de menos. Mi nuera los odia. Dice que huelen mal y lo llenan todo de pelos. El cariño y la compañía que te hacen los perros, ella lo desconoce porque jamás ha tenido uno.

Durante unos segundos los recuerdos consiguen engañarme trayendo al presente cosas que perteneces al pasado, como el rumor de la corriente del riachuelo que bañaba la linde de mi modesta propiedad y que un día desviaron para provecho de un lujoso campo de golf que construyeron a poca distancia de lo mío. En el ayuntamiento nadie escuchó mis quejas, ni mis justas reclamaciones. Gente de afuera, con dinero, se adueñó de una parte de la naturaleza que estuvo allí siglos y siglos perteneciendo al municipio. Y por falta del agua que los nutría perecieron aquellos grandes, hermosos sauces llorones que crecían junto a la orilla. Y tanto como yo echaron de menos el río la docena de patos míos que se bañaban en su corriente y que luego regresaban a casa parpando felices. A la sombra de esos magníficos árboles, algunos ratos de ocio, pesqué truchas rodeado de una nube de libélulas de vivos colores. Siempre me fascinaron estos bellos insectos de extraña cabeza, alas transparentes y cuerpo alargado. De niño los cogía y manteniéndolos sujetos por las alas consentía que me mordieran. Apenas me hacían daño. ¡Dios de los cielos, pasó una eternidad desde mi niñez al día de hoy! Y, sin embargo, que corto me parece el tiempo transcurrido. ¡Ah, si se pudiera volver atrás, rebobinar como si la vida fuera una película y vivirla otra vez! Algunas cosas cambiaría yo. No muchas. Me dejé guiar casi siempre por mi mente y por mi corazón. Pero trabaje tanto, tanto, y tan duro. Así que tengo mil razones para haberme convertido en un viejo amargado, escéptico, fatalista.

—Pobre mundo nuestro que nació limpio e inocente y lo han convertido en un basurero lleno de seres sin conciencia, sin entrañas, que no respetan nada con tal de enriquecerse de un modo indecente, ruin, exorbitante. Las familias se están rompiendo, los valores que para la gente de mi época eran sagrados se están perdiendo, ridiculizando en muchos casos. Todo cuanto merecía la pena ser conservado lo van eliminando. El dinero lo corrompe todo. El amor ha sido sustituido por el sexo. Los alimentos son adulterados por medio de productos químicos. Esta humanidad actual está enferma, contaminada. Nunca tuvo tanto bienestar y, sin embargo, parece ser menos feliz que la gente de mi época que tenía tan poco.

Desahogarme me sienta bien. La oscuridad me rodea por completo. El cielo se ha convertido en un manto ceniciento horadado por millares de luciérnagas estelares. ¿Qué le pasa a mi corazón? Lo noto muy acelerado. No debo alterarme. Toda rebeldía por mi parte es inútil. Debo cultivar la calma y la resignación. Nada puedo cambiar yo que ya di de mi mismo lo mejor que poseía y quedé vacío.

Oigo pasos. Giro la cabeza. Vislumbro entre las tinieblas la silueta del que se acerca. Me pongo en pie con dificultad. Algunos huesos me crujen. Perdieron parte o toda su flexibilidad. Me duele la espalda, los riñones y las rodillas. ¡Bah!, estoy normal. Lo entreveo. El que se acerca es mi hijo.

—Ya me disponía a volver, hijo. ¿Hace mucho que Lorenza y tú habéis regresado de la ciudad? —descubro que lleva en sus brazos algo que se mueve.

—Te traigo un regalo, padre. Un cachorrillo. Siempre te gustaron muchísimo los perros.

Durante unos segundos la sorpresa, la emoción me han dejado sin habla. Mi hijo sonríe. ¡Dios lo bendiga! Puedo ver, gracias a la claridad proveniente principalmente de las estrellas, al pequeño animal. Me observan fijamente sus ojos que parecen dos cerezas negras. Tiene el pelo acanelado. Mi hijo me lo entrega e inmediatamente siento en la mejilla, repetidas veces, su lengua cálida y húmeda.

—Qué cariñoso eres, granuja —le digo encantado.

Una risa cascada, que me suena a sollozo, escapa de mi garganta. Mi hijo me observa con ojos cargados de cariño. ¡Me quiere! Me estalla el corazón de gozo. Sus ojos me están viendo como soy: un viejo amargado, con poca fuerza ya, poca memoria y falto de afecto.

—Que vitalidad tiene este jodido —digo dejando el cachorrillo en el suelo.

Él se tumba inmediatamente de espaldas. Quiere que le acaricie la barriga. Le gusta que lo haga. Sus ojillos me miran con embeleso. Mi hijo nos observa con una expresión feliz en su cara. ¡Me quiere!

—El perro es el mejor animal de toda la creación. Sólo necesita para subsistir y ser feliz un poco de alimento y algo de amor.

—Tú le darás alimento, amor y compañía, padre —está emocionado.

—¿Por qué nos aman tanto los perros sin nosotros merecerlo, hijo?

—Quizás quieren darnos ejemplo. ¿Estás contento, padre?

—Llevaba siglos sin estarlo tanto. Gracias, hijo. Muchas gracias.

Se me están llenando de humedad los ojos. El cachorro se ha dado la vuelta y comenzado a lanzar al aire unos ladridos de júbilo. Nos reímos mi hijo y yo. Llevábamos mucho tiempo sin sentirnos tan unidos.

—Está refrescando y apenas se ve —dije con voz que me enronqueció la emoción que siento—. ¿Nos vamos, hijo?

—Claro, padre. Estás temblando.

Me da reparo confesarle que tiemblo de lo conmovido que me siento.

—¿Tú quieres venir con nosotros, alborotador?

Muy gracioso el cachorrillo, plantándose de patas y lanzando ladridos fuertes que yo interpreto como de asentimiento. Y echa a andar detrás de nosotros. Y durante el camino bailotea, realiza un montón de fintas, saltos, volteretas y cabriolas. Es todo impulso y vitalidad este animalillo.

De repente me vuelvo hacia mi hijo y le pregunté con mal disimulado temor:

—Y tu mujer, ¿qué ha dicho de esto del perrillo?

—Hemos ido juntos, Lorenza y yo, a comprarlo. Queremos verte contento, padre.

—Muchísimas gracias.

Agradezco a la oscuridad reinante que oculte a la mirada de mi hijo las lágrimas que inundan mis ojos. Me agacho con dificultad, cojo al perrillo y lo cobijo en mi pecho jadeante. Su joven corazón late junto al mío viejo como si quisiera insuflarle fuerza.

—Las gracias te las doy yo a ti, padre. Tuviste que hacer mis sacrificios para poder darme una vida infinitamente mejor que la que llevasteis madre y tú. ¡Ojalá, a ti que todavía te tengo, pueda pagarte algo de lo muchísimo que te debo!

Se le ha quebrado la voz. Yo no encuentro la mía durante un rato.

—¡Bah! La pena que tengo es no haber podido darte muchísimo más —balbuceo por fin.

Ni sé el tiempo que hacía que mi hijo y yo no nos cogíamos de la cintura y emparejábamos el paso. Nos queremos. Es lo que debe ser, ¿no?